

I

*No existen islas desiertas,
en todas habitan sueños.*

Una luz limpia, muy limpia, y no había nadie en la calle. La luz fuerte, trasparente y brillante proyectaba una sombra larga sobre el suelo de adoquines, y eran las cuatro y media de la mañana. Me iba riendo solo. Tenía la impresión de estar viviendo un cuento en el que el flautista de Hamelin se había llevado a la población. Todo cerrado y en silencio, como es normal a esas horas. En Santander, en esta época del año, se hace de noche sobre las diez y pico.

Había salido de guardia a las cuatro de la madrugada, y nunca mejor dicho, después de que el primer oficial me viniera a relevar puntualmente. En la refinería trabajan sin parar las veinticuatro horas del día. La terminal estaba lejos de la ciudad, como siempre, pero en esta ocasión, cosa rara, iban muy lentos con la descarga y podía dormir tranquilamente o aprovechar el tiempo bajando a tierra. Decidí bajar, aunque no tenía ninguna Corana. Rara vez que se coge moneda del país en estos malditos barcos, total para qué, si no da tiempo ni a gastarla nada. Cogí